

## Una realidad de ficción

### *En un lugar llamado El Cartucho [crónica]*

INGRID MORRIS RINCÓN

Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, Bogotá, 2011, 135 págs., il.

EN BOGOTÁ existió hasta hace poco tiempo un barrio conocido con el nombre de El Cartucho, ubicado en pleno centro de la ciudad, y considerado en diversos informes burocráticos como uno de los lugares más peligrosos del mundo. En pocas cuadras vivían hacinados varios miles de seres humanos empobrecidos, la mayor parte de ellos encadenados al bazuco, y soportando pavorosas condiciones de existencia, como ejemplo de la degradación que puede alcanzar la condición humana y un resultado de la desigualdad y la injusticia de una sociedad profundamente excluyente como lo es la colombiana. Ese barrio fue demolido y en su lugar se construyó el horroroso parque Tercer Milenio. Este hecho, que fue impulsado por un alcalde de Bogotá que se presenta a sí mismo como portavoz de la modernización urbana, fue publicitado como un gran paso para la recuperación del centro de la ciudad, aunque nunca aclararon a quien beneficiaba dicha recuperación.

Esta es, por lo menos, la versión rosa del asunto, porque nunca se mencionó que este era uno de los primeros pasos tendiente a “limpiar” el centro de sus incómodos habitantes para valorizar la tierra y emprender grandes proyectos y megaobras atractivas para el capital internacional y con el objetivo de convertir a Bogotá en una ciudad “mucho más cerca de las estrellas”. Al traducir lo que significa este eslogan burocrático y publicitario se sabe que en realidad se quiere decir una ciudad mucho más próxima a los intereses de grandes inversionistas urbanos y financieros, deseosos de obtener ganancias extraordinarias y en poco tiempo con la modernización del centro de Bogotá.

Esta temática es analizada con detalle en el libro de la antropóloga Ingrid Morris Rincón, quien con sensibilidad se acercó a estudiar un tema

tabú para las ciencias sociales, con la finalidad de clarificar lo que se ocultó tras la demolición de El Cartucho, y también para rescatar la historia de un lugar que no solo se hundió en el olvido, sino del que se desconoce la historia que condujo a su degradación urbana y social. Para escribir esta obra, la autora rastreó diversas fuentes geográficas, históricas, sociales, demográficas y económicas sobre el barrio Santa Inés, como se llamaba inicialmente El Cartucho, pero además realizó un exhaustivo trabajo de campo con cuatro sobrevivientes del mencionado barrio, quienes, a su vez, formaron parte del equipo de investigación. La autora utilizó el método de la Investigación Acción Participativa, con el ánimo de permitir la intervención de protagonistas directos en la terrible y dolorosa historia de El Cartucho.

La reconstrucción histórica relata que en un principio, desde finales del siglo XIX, se construyó un barrio con casas republicanas, en el cual habitaban prestantes familias de la élite bogotana y que mantuvo ese carácter durante cerca de media centuria. A mediados del siglo XX, y como un efecto directo de la migración del campo a la ciudad que generó la violencia de la década de 1950, hacia Santa Inés empezaron a llegar oleadas de campesinos que se instalaban allí por las cercanías tanto a la Estación de la Sabana, sede de la estación central del ferrocarril, como a los terminales de buses intermunicipales que empezaron a funcionar en el sector. A raíz de este hecho, se fue modificando la composición sociodemográfica del barrio y las familias de la élite se desplazaron hacia el norte de la ciudad. Los labriegos de Boyacá, del oriente de Cundinamarca, de los Llanos Orientales huían en masa para salvar sus vidas y se instalaban en los hoteles para “turistas pobres” que funcionaban entre la carrera 10ª y la avenida Caracas. Como bien lo dice Manuel Hernández en el prólogo del libro, El Cartucho “nació por un problema de movilidad nacional afectado por un crecimiento sin planeación y fustigado por hostilidades militares sobre el campesinado que ya eran graves desde 1955”, o, dicho, en forma todavía más directa: detrás de El Cartucho

se esconden los “bombardeos desde 1955 hasta la semana pasada en todo el territorio donde yacen rezagos campesinos, acompañados de políticas de motosierra y boleteo” [págs. 10 y 11]. En pocas palabras, la turgurización del centro de la ciudad capital no es un resultado accidental de un crecimiento estrictamente endógeno, sino que está conectado con la historia trágica y violenta del país en los últimos sesenta y cinco años.

De ser un sitio de refugio de campesinos despojados de sus tierras, y de alojar a trabajadores de diversos oficios –desde las vendedoras de la plaza de Mercado de la calle 10, hasta pequeños comerciantes, tenderos y típógrafos–, en un momento no del todo preciso, pero que seguramente fue a finales de la década de 1970 y comienzos de la de 1980, el bazuco se tomó el barrio y lo transformó, hasta convertirlo en un hervidero de negocios del crimen, del tráfico y de la miseria humana. Sobre esta fase, que constituye la parte central de la investigación, la autora hace una reconstrucción a partir de la memoria de Benjamín Rengifo, Sandro Camacho, Wilhelm Orly y Carlos Vargas, quienes vivieron durante varios años en El Cartucho. Como resultado, surgen testimonios personales que entretejidos forman un relato que parece extraído de las novelas negras o policíacas y producto de una mente desbordada por una imaginación febril. Lo lamentable es que no sea así y, por el contrario, la terrible realidad de lo acontecido en El Cartucho sobrepase cualquier ficción literaria.

Ese desolador cuadro, en el que aparecen desde asesinatos, violaciones, descuartizamientos, prostitución infantil, *vendettas* entre pandillas, no puede ocultar que, en medio de la miseria y el abandono, algunos seres humanos trataban de sobrevivir a pesar de todo, aunque eso fuera casi imposible, como recicladores y pequeños comerciantes. Lo significativo radicaba en que todo ocurría en un pequeño reducto del centro de la ciudad, rodeado por el batallón Guardia Presidencial, la estación de Policía más grande del país (La Cien), de la sede principal de Medicina Legal, y a pocas cuadras del Palacio Presidencial. Siendo esto así, es difícil suponer que la policía no participara

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>en los turbios negocios de El Cartucho y se beneficiara de los mismos, porque todos los testimonios revelaron... a la Policía como un ente que negociaba con los 'jíbaros', que les pedía una especie de impuesto para dejarlos allí y quedarse callados (sic) sobre muertes o ventas ilegales de estupefacientes, inclusive a René Coronado muchas veces le tocó hospedar a la misma policía en su propiedad para que consumiera. [págs. 64-65]</p> <p>Por supuesto, este barrio degradado hasta el extremo, cumplía con las condiciones de renovación urbana que exigían los "modernizadores neoliberales", entre quienes han descollado la mayor parte de los alcaldes de la ciudad de los últimos dos decenios, empezando por Enrique Peñalosa, quien fue el abanderado de la destrucción de El Cartucho y la construcción del parque Tercer Milenio. De este proyecto se presentó su cara bonita de "pulmón verde" lleno de árboles, para oxigenar la ciudad –lo cual hasta ahora no se ha cumplido y nada indica que vaya a ser así en las próximos decenios–, pero, como es apenas obvio, nunca se anunció que se trataba de la recuperación del centro para el capital nacional y transnacional, con el fin de comprar tierras a bajo precio. En efecto, una zona que debía formar parte del parque se vendió para que se hiciera un centro comercial y la otra parte se dispuso para un Centro Internacional de Comercio Mayorista, que se está construyendo, y cuyo solo anuncio elevó los precios del suelo en forma exponencial. Ahí está el secreto escondido del parque Tercer Milenio que, además, se convirtió en el punto de partida de expulsión de los pobres de diversos lugares del centro, porque Peñalosa y los alcaldes que lo han sucedido continuaron con el mismo proyecto, y luego prosiguieron con la destrucción de Las Cruces y otros barrios del centro de Bogotá. En resumen, ese parque fue construido no para airear la ciudad, sino para valorizar las tierras de los barrios circundantes, pero no para sus propietarios actuales, sino para los que vienen: para los grandes capitalistas del suelo urbano, tanto nacionales como extranjeros. Ese proyecto, sin embargo, no ha significado el fin de Los Cartuchos,</p>	<p>porque simplemente estos se reproducen y expanden por diversos lugares de la ciudad, debido a que nunca se intentó resolver el problema social y laboral de sus habitantes, sino que solo se les expulsó y se les envió a otros lugares, con la intención de dejar el espacio libre a los prósperos inversores y financistas urbanos. Como dice Manuel Hernández, El Cartucho no se acabó, puesto que las</p> <p>ollas se multiplicaron entre los barrios de Ciudad Bolívar, Bosa y Soacha, con sus correspondientes fenómenos de dominio paramilitar y limpieza social. Ya no son los vendedores de mecánica del parque de Los Mártires, son los mismos soplones de barrio que toman revancha por tumbos de cien mil pesos. La limpieza social en los Altos de Cazucá está viva. Está ejerciendo su sombría tarea de producir un terror sordo y barato. El parque Tercer Milenio no ha 'pegado' aún. Así vamos. El Cartucho entonces no se acabó, se multiplicó. [pág. 12]</p> <p>A los antiguos habitantes de El Cartucho tampoco se les "resocializó" –para utilizar tan horroroso vocablo– y no se les permitió participar en el reciclaje, una actividad que ha sido concedida a poderosos intereses privados, incluso ligados a clanes familiares de ex presidentes de la República. Para la autora resulta casi incomprensible que en pleno siglo XXI, se repliquen esquemas que consideran que "el espacio habitado por humanos, puede ser planeado con fórmulas rígidas y técnicas sin tener en cuenta la subjetividad de las ciudades, las culturas y la historia de sus gentes y sus procesos humanos" [pág. 114].</p> <p>El libro está muy bien editado y fue impreso en un papel fino, algo paradójico si se le compara con el tema expuesto. La Alcaldía Mayor de Bogotá, que lo publicó, había podido realizar una edición más económica y producir miles de ejemplares para que los habitantes de la ciudad conocieran esta parte de la historia del centro de la capital. Bueno, de pronto a los burócratas de la Alcaldía del Polo Democrático tampoco les interesaba difundir esa historia, porque ellos también comparten el proyecto</p>	<p>modernizador del gran capital, como se evidenció en las administraciones de Luis Eduardo Garzón y de Samuel Moreno Rojas.</p> <p>Finalmente, puede señalarse que en algunos pasajes del libro hay un lenguaje impreciso cuando se habla de barrios desfavorecidos, habitantes pudientes y poco pudientes y sectores marginales. En el esquema cartográfico que se presenta al final en la contracubierta existen algunas imprecisiones, como cuando se ubica el teatro President (que estaba en la carrera 10ª y no en la calle 10) y el teatro Ponce, que sí estaba en la calle 10, pero unas cuadras más abajo del sitio indicado. Estos son aspectos secundarios, que no le quitan mérito a esta interesante investigación, que por su novedad recibió el Premio Ciudad Imaginada.</p> <p style="text-align: right;"><b>Renán Vega Cantor</b> Profesor titular, Universidad Pedagógica Nacional</p>